

lectio divina

para cada día del año

9

Ferías del Tiempo ordinario
(semanas 1-8, años impares)

evd

verbo divino

Lectio divina
para cada día del año

edición preparada por
GIORGIO ZEVINI y PIER GIORDANO CABRA

volumen 9

Lectio divina para cada día del año

Plan general de la colección

1. Adviento
2. Navidad
3. Cuaresma y Triduo pascual
4. Pascua

5. Ferial - Tiempo Ordinario - año par (semanas 1-8)
6. Ferial - Tiempo Ordinario - año par (semanas 9-17)
7. Ferial - Tiempo Ordinario - año par (semanas 18-25)
8. Ferial - Tiempo Ordinario - año par (semanas 26-34)

9. Ferial - Tiempo Ordinario - año impar (semanas 1-8)
10. Ferial - Tiempo Ordinario - año impar (semanas 9-17)
11. Ferial - Tiempo Ordinario - año impar (semanas 18-25)
12. Ferial - Tiempo Ordinario - año impar (semanas 26-34)

13. Domingos - Tiempo Ordinario (*A*)
14. Domingos - Tiempo Ordinario (*B*)
15. Domingos - Tiempo Ordinario (*C*)

16. Propio de los santos - Primera parte (enero-junio)
17. Propio de los santos - Segunda parte (julio- diciembre)

Índice

La liturgia de la Palabra en los días feriales del Tiempo ordinario.....	5
--	---

Primera semana

Lunes	15
Martes.....	23
Miércoles	31
Jueves	39
Viernes.....	47
Sábado	55

Segunda semana

Lunes	63
Martes.....	71
Miércoles	79
Jueves	87
Viernes.....	95
Sábado	103

Tercera semana

Lunes	109
Martes.....	117
Miércoles	125
Jueves.....	133
Viernes	141
Sábado	149

Cuarta semana

Lunes	157
Martes	165
Miércoles	173
Jueves.....	181
Viernes	189
Sábado	197

Quinta semana

Lunes	205
Martes	213
Miércoles	221
Jueves.....	229
Viernes	237
Sábado	245

Sexta semana

Lunes	255
Martes	263
Miércoles	271
Jueves.....	279
Viernes	287
Sábado	295

Séptima semana

Lunes	303
Martes	313
Miércoles	323
Jueves.....	333
Viernes	343
Sábado	353

Octava semana

Lunes	363
Martes	373
Miércoles	381

Jueves.....	393
Viernes	405
Sábado	415

GIORGIO ZEVINI y PIER GIORDANO CABRA (eds.)

**LECTIO DIVINA
PARA CADA DÍA DEL AÑO**

volumen 9

Ferías del Tiempo ordinario
(semanas 1-8, años impares)

TRADUCCIÓN:
MIGUEL MONTES

evd

La liturgia de la Palabra en los días feriales del Tiempo ordinario

1. Nuestro carácter ferial

Vamos a comparar, de manera breve, dos cuadros, casi dos iconos, de la dimensión ferial.

Veamos el primero: el hombre de hoy –cada uno de nosotros– en los días feriales. Nos encontramos inmersos en una febril e intensa actividad, en una carrera frenética y sin pausa. La dimensión ferial está marcada, para nosotros, por la «fiebre de la acción» y por el miedo a perder tiempo, por una doble y opuesta sensación: que nos roben nuestro tiempo y que nos coma el tiempo. *Nuestra dimensión ferial está amenazada, está enferma.*

Veamos ahora el otro cuadro: se trata de los primeros seis grandes días feriales en los que Dios está trabajando, hace ser y da forma a toda la creación (Gn 1,1–2,4). Viene, a continuación, el hombre, asociado a Dios en esta obra «ferial»: «el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto de Edén para que lo cultivara y lo guardara» (Gn 2,15). Aquí, la dimensión ferial es creativa; *el tiempo aparece como un espacio de realización.* La dimensión ferial se encuentra en estado de nacimiento y no conoce aún las turbaciones y los desgarros que vendrán después.

Nuestra dimensión ferial está enferma y necesita ser redimida. Esta enfermedad se ha originado por haber prestado oído a las voces del «enemigo»; la redención se llevará a cabo a través de la escucha del verdadero «Amigo». *Escuchar a Dios en los días feriales es ponerse en marcha por el camino de la redención.*

2. Escuchar a Dios en la vida ordinaria, en la condición ferial

*La dimensión ferial, tiempo para custodiar,
meditar y hacer fructificar la Palabra*

Nuestra condición ferial encuentra su rescate y su victoria en la escucha de la Palabra. Al final de la celebración eucarística de cada domingo se nos remite a los días feriales. Tras haber sido espectadores y haber vivido los grandes acontecimientos de la salvación, el Espíritu nos impulsa a salir, a proclamar y a dar testimonio de lo que hemos escuchado y vivido en el misterio de la celebración, lo que ha sido depositado en nosotros como depósito que debemos custodiar, meditar y hacer fructificar. A fin de que podamos vencer las grandes tentaciones, a fin de que podamos hacer frente sin miedo a los múltiples desafíos, el Espíritu de Dios se encuentra junto a nosotros y nos recuerda la Palabra que libera y salva.

La Palabra que hemos oído en los diferentes domingos vuelve de nuevo en los días feriales, aunque dispuesta en nuevos contextos y en nuevas sucesiones: cada lectura está puesta en contacto con otras diferentes a las del domingo; cada acontecimiento de la historia de la salvación se conjuga con otros; conjuntamente nos hablan después a nosotros, hombres y mujeres de los días feriales, para hacernos «ver más allá», para hacernos descubrir la voluntad del Amigo escondida en el tejido de la vida cotidiana, para introducirnos en los se-

cretos de un amor concreto, para hacernos pasar de la dispersión a la unidad y de la soledad a la comunión, para hacernos capaces de ofrecer, día a día, el sacrificio espiritual que Dios espera de sus hijos, para darle a toda la vida una impronta pascual.

Escuchar para ser capaces de «ver más allá»

Durante los días feriales vivimos inmersos en una historia cuya orientación y sentido, con frecuencia, no acertamos a entrever de modo claro. A veces puede presentárenos como carente de dirección, caótica y sin sentido. Es como si nos encontráramos ante algo opaco que no permite ver lo que hay más allá. Los israelitas que caminan por el desierto no consiguen entrever lo que hay delante de ellos, lo que les espera; sin embargo, a Balaán –el hombre que «oye las palabras de Dios», el oyente– le ha sido quitado «el velo de los ojos», ha recibido un «ojo penetrante» y «ve la visión». Él es capaz de interpretar la historia y su orientación (Nm 24,3ss).

Si nos hacemos oyentes de las «palabras de Dios», tendremos el ojo penetrante; seremos capaces de interpretar con mayor facilidad la historia, y en particular nuestra propia vida, y, sobre todo, seremos capaces de intuir la presencia de Dios en los pliegues de la vida de cada día, hasta en los dolorosos. Incluso cuando la oscuridad sea tal que no podamos vislumbrar nada y seamos como ciegos, si escuchamos la Palabra de Dios, percibiremos el paso del Señor y tendremos la fuerza necesaria para decirle: «Que yo pueda ver» (cf. Lc 18,35-43).

Escuchar para descubrir la voluntad del Amigo

La capacidad de escucha –un don que Dios regala a cada hombre– nos lleva a descubrir su voluntad no

como una fatalidad a la que no podemos sustraernos, sino como una manifestación de amor que encuentra su expresión en las cosas pequeñas de cada día. La familiaridad con la escucha diaria nos conduce a ser como el profeta que devora las palabras y hasta el libro (Jr 15,16), a convertir –precisamente como Jesús– la voluntad de Dios en nuestro alimento diario (Jn 4,34).

Escuchar para entrar en los secretos del amor

Si somos capaces de ponernos a la escucha, los días feriales no serán un tiempo de lejanía de Dios; de una manera gradual, nos llevarán a entrar en la intimidad más profunda con él. La escucha humilde y atenta, el estar pendientes de los labios del amado, nos introducirá en la bodega del amor (Cant 2,4). Si no fallamos a la cita, descubriremos las infinitas atenciones de Dios, los juegos misteriosos de su ausentarse para volver a presentarse a continuación, su continuo sorprendernos.

Estas palabras pueden parecer... exageradas, y así son para el que sigue aún en el umbral de la verdadera escucha.

Escuchar para pasar de la dispersión a la unidad, de la soledad a la comunión

Los días feriales nos llevan a vivir «fuera»: fuera de casa y fuera también de nosotros mismos. De una manera extraña se insinúa el miedo de «volver a entrar en nuestra casa», en nosotros. En esta situación percibimos que algo –si no todo– se dispersa, se nos escapa. Sin esta vuelta, aunque estemos en medio de mucha gente, estaremos solos, nos será imposible encontrarnos con el otro, no llegaremos a la comunión.

Si decidimos ponernos a la escucha de Dios, nuestros días feriales se convertirán en el tiempo en el que nos recuperaremos a nosotros mismos, recuperaremos nuestra identidad más profunda y estableceremos relaciones profundas y verdaderas con los otros.

Escuchar para ofrecer el sacrificio espiritual

Aunque estamos situados en medio del «huerto», en el magno espacio del mundo, nosotros no debemos huir ni escondernos para no oír el paso de Dios. Dios pidió a los israelitas en el desierto que escucharan su voz porque sólo esto tenía valor de sacrificio: «Yo no prescribí nada a vuestros antepasados sobre holocaustos y sacrificios cuando los saqué de Egipto. Lo único que les mandé fue esto: Si obedecéis mi voz, yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Jr 7,22ss).

Esta escucha de la Palabra de Dios convierte nuestros días feriales en el tiempo oportuno de nuestro sacrificio a Dios.

Pues todas sus obras, paces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en «hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo» (1 Pe 2,5) (*Lumen gentium* 34).

Escuchar para ser redimidos, celebrar la pascua

Los días feriales transcurridos escuchando la Palabra se convierten en días de «rescatados», «santificados», redimidos; se convierten en días «pascuales», de «paso» hacia la pascua eterna; son como los escalones de la escalera de Jacob (Gn 28,10-12).

3. La ordenación de las lecturas

En las ferías del tiempo ordinario hay dos ciclos anuales para la primera lectura: el ciclo I para los años impares, y el ciclo II para los años pares; para el evangelio hay un solo ciclo.

Ordenación de las lecturas evangélicas

La ordenación adoptada para los evangelios prevé que se lea primero Marcos (semanas I-IX), después Mateo (semanas X-XXI), a continuación Lucas (semanas XXII-XXXIV). Los capítulos 1-12 de Marcos se leen en su totalidad; se prescinde sólo de dos perícopas del capítulo 6, que son leídas en ferías de otros tiempos. De Mateo y Lucas se leen todos los pasajes que no se encuentran en Marcos. De este modo, algunas partes se leen dos o tres veces: se trata de aquellas que tienen características absolutamente propias en los distintos evangelios o son necesarias para entender bien la seguida del evangelio. El «discurso escatológico», en su redacción completa referida por Lucas, se lee al final del año litúrgico.

Ordenación de las primeras lecturas

En la primera lectura se van alternando los dos Testamentos, varias semanas cada uno, según la extensión de los libros que se leen.

De los libros del Nuevo Testamento se lee una parte bastante notable, procurando dar una visión sustancial de cada una de las cartas.

En cuanto al Antiguo Testamento, no era posible ofrecer más que los fragmentos escogidos que, en lo posible, dieran a conocer la índole propia de cada libro. Los textos históricos han sido seleccionados de manera que den una visión de conjunto de la historia de la salvación antes de la Encarnación del

Señor. Era prácticamente imposible poner los relatos demasiado extensos: en algunos casos se han seleccionado algunos versículos, con el fin de abreviar la lectura. Además, algunas veces se ilumina el significado religioso de los hechos históricos por medio de textos tomados de los libros sapienciales, que se añaden, a modo de proemio o conclusión, a una determinada serie histórica (OLM 110).

Proyectando una visión panorámica sobre los dos años, vemos que en los días feriales figuran casi todos los libros del Antiguo Testamento. Sólo se ha prescindido de los libros proféticos más breves (Abdías, Sofonías) y de un libro poético (Cantar de los cantares). Entre los libros narrativos con carácter edificante, que exigen una lectura más bien prolongada para ser entendidos como es debido, se leen Tobías y Rut; de los otros (Ester, Judit) se prescinde, aunque se leen algunos pasajes de los mismos en domingos o ferias de otros tiempos litúrgicos.

Las primeras lecturas de los años impares están tomadas de Hebreos (semanas I-IV); Génesis 1-11 (v-vi); Eclesiástico (VII-VIII); Tobías (IX); 2 Corintios (X-XI); Génesis 12-50 (XII-XIV); Éxodo (XV-XVII); Levítico (XVII); Números (XVIII); Deuteronomio y Josué (XVIII-XIX); Jueces y Rut (XX); 1 Tesalonicenses (XXI-XXII); Colosenses (XXII-XXIII); 1 Timoteo (XXIII-XXIV); Esdras, Ageo y Zacarías (XXV); Zacarías, Nehemías y Baruc (XXVI); Jonás, Malaquías y Joel (XXVII); Romanos (XXVIII-XXXI); Sabiduría (XXXII); 1 y 2 Macabeos (XXXIII); Daniel (XXXIV).

A fin de facilitar la lectura de cada texto, se ha propuesto en el *Leccionario* un título «cuidadosamente estudiado (formado casi siempre con palabras del mismo texto) en el que se indica el tema principal de la lectura y, cuando es necesario, la relación entre las lecturas de la misa» (OLM 123).

Disposición de las lecturas en las ferias del Tiempo ordinario

(de la 1ª a la 8ª semana del ciclo impar)

Semana	Primera lectura	Evangelio
1	<i>Hebreos 1–4</i>	<i>Marcos 1–2</i>
2	<i>Hebreos 5–9</i>	<i>Marcos 2–3</i>
3	<i>Hebreos 9–11</i>	<i>Marcos 3–4</i>
4	<i>Hebreos 11–13</i>	<i>Marcos 5–6</i>
5	<i>Génesis 1–3</i>	<i>Marcos 6–8</i>
6	<i>Génesis 4–11; Hebreos 11</i>	<i>Marcos 8–9</i>
7	<i>Eclesiástico 1–17</i>	<i>Marcos 9–10</i>
8	<i>Eclesiástico 17–51</i>	<i>Marcos 10–11</i>

Cf. Tabla III del Ordo Lectionum Missae

Lunes

1ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Hebreos 1,1-6

¹ Muchas veces y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros antepasados por medio de los profetas; ² ahora, en este momento final nos ha hablado por medio del Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo. ³ El Hijo que, siendo resplandor de su gloria e imagen perfecta de su ser, sostiene todas las cosas con su Palabra poderosa y que, una vez realizada la purificación de los pecados, se sentó a la derecha de Dios en las alturas ⁴ y ha venido a ser tanto mayor que los ángeles cuanto más excelente es el título que ha heredado.

⁵ En efecto, ¿a qué ángel dijo Dios alguna vez:

*Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado hoy.*

Y también:

*Yo seré padre para él
y él será hijo para mí?*

⁶ Y, de nuevo, cuando introduce a su Hijo primogénito en el mundo, dice:

*Que lo adoren
todos los ángeles de Dios.*

➡ Los cristianos procedentes del judaísmo, a quienes va dirigida la carta a los Hebreos, están acechados por

dos pruebas que podrían inducirles a la apostasía: la nostalgia de los ritos del templo de Jerusalén, de los que han sido excluidos, y el presagio de nuevas e inminentes persecuciones. El autor, a fin de confirmarlos en la fe, les presenta la belleza y la profundidad del misterio de Cristo, haciendo una continua referencia al culto judío; por otra parte, alterna la exposición doctrinal con exhortaciones a la perseverancia y a la fidelidad.

El exordio (vv. 1-4), donde presenta el esbozo de los temas que va a desarrollar en la carta, tiene casi el tono de una doxología. Está centrado en la novedad cristiana fundamental: el Dios de los Padres *es único, pero no un solitario*; en la perfecta comunión de las personas es, eternamente, Padre de un Hijo cuyo misterio se ha hecho presente entre nosotros «*ahora*». El autor traza, de una manera sintética, sus rasgos: el Hijo es creador junto con el Padre, le revela plenamente y participa de su soberanía (vv. 1ss). En él mora todo el resplandor de Dios, que se hace así perceptible al hombre (v. 3a): el templo era un símbolo de esta realidad que se cumple en Jesús. Éste, que es el verdadero templo, es asimismo el verdadero sacerdote que ha llevado a cabo «*la purificación de los pecados*» con la ofrenda sacrificial de sí mismo: éste es el culto definitivo que nos abre el acceso a Dios, a cuya diestra está sentado ahora el Hijo (v. 3b). Aunque ha asumido nuestra naturaleza (v. 6a), Cristo es muy superior a los ángeles: tiene, en efecto, una relación de origen absolutamente única con Dios (v. 5), que le ha constituido primogénito de toda criatura (v. 6; cf. Col 1,15-18) y le ha dado su mismo «*nombre*»: *Señor, Kyrios* (v. 4; Flp 2,9-11).

Evangelio: Marcos 1,14-20

¹⁴ Después de que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la Buena Noticia de Dios. ¹⁵ Decía:

–Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.

¹⁶ Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. ¹⁷ Jesús les dijo:

–Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

¹⁸ Ellos dejaron inmediatamente las redes y le siguieron.

¹⁹ Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes.

²⁰ Jesús los llamó también, y ellos, dejando a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, se fueron tras él.

➔ La liturgia del tiempo ordinario nos pone en camino con Jesús, «*detrás*» de él (v. 17), a fin de ir descubriendo, de una manera progresiva, su misterio y nuestra auténtica identidad. El fragmento de hoy recoge en síntesis *el comienzo de su ministerio público*. Jesús se inserta en el surco preparado desde los profetas hasta Juan el Bautista, precursor de Cristo incluso en el desenlace de su misión (v. 14, literalmente: «*entregado*»). Sin embargo, su novedad es absoluta, porque Jesús no anuncia ya lo que Dios quiere llevar a cabo, sino que realiza el *cumplimiento* de las promesas divinas y de las expectativas humanas: el Reino de Dios y la salvación se vuelven una *realidad presente* con él. Su misma persona es el Reino, es el Evangelio (1,1); él inaugura el tiempo favorable (*kairós*) en el que Dios somete a las fuerzas que disminuyen la vida del hombre (v. 15a).

Se trata de un mensaje espléndido y, al mismo tiempo, comprometedor, puesto que la obra de Dios solicita nuestra respuesta, una respuesta que se compone de conversión (cambiar de mentalidad y de orientación nuestros propios pasos) y de adhesión de fe a la alegre noticia. La vocación de los primeros discípulos nos ofrece un ejemplo práctico. A diferencia de la costumbre judía, en la que eran los discípulos quienes escogían a su «rabí», ahora *la iniciativa corresponde*, significati-

vamente, a Jesús: es él quien llama a algunos para que le sigan, para que sean discípulos suyos. Jesús *pasa* por la vida cotidiana de los hombres, *ve* con una intensa mirada de amor y de conocimiento, *invita* y *promete* una condición nueva.

Esta llamada se repite: es una invitación que se extiende, una alegría que se multiplica, un acontecimiento que también nos llega a nosotros, hoy. El que cree en el mensaje de Jesús cambia de estilo de vida, deja el pasado, las seguridades, los afectos: «*Se ha cumplido el plazo*», es preciso aprovechar la ocasión de gracia. «*Está llegando el Reino de Dios*»: a nosotros nos corresponde elegir si entramos en él. «*Ellos dejaron inmediatamente las redes y le siguieron*» (vv. 18.20b).

MEDITATIO

Un encuentro, una invitación. Una mirada que ha penetrado hasta el alma, y, desde entonces, la mirada del corazón quisiera posarse para siempre sobre ti. ¿Quién eres, Jesús? Tú nos llamas para que te sigamos, y nosotros apenas te conocemos... Los profetas de los tiempos antiguos nos han anunciado las cosas de Dios, pero hoy es por medio de ti como nos habla el Padre. Y la Palabra poderosa, creadora, eres tú. El Dios al que nadie había visto lo revelas tú en ti mismo: eres su imagen perfecta, el resplandor de su gloria, su Hijo amado. Tú nos llamas para que te sigamos, pero nosotros nos sentimos muy inadecuados, lejanos... Con todo, por eso has venido a nosotros: para purificarnos de los pecados, ofreciéndote a ti mismo, y preparar así a cada hombre—hermano tuyo— un lugar junto al Padre. Nosotros, como los primeros cristianos, advertimos tu mirada sobre nuestro presente y comprendemos: si nos dejamos aferrar por la fascinación de tu persona, nos sentiremos libres de cualquier otra cosa.

«*Se ha cumplido el plazo*»: queremos seguirte. «*Está llegando el Reino de Dios*»: para que reine en nosotros únicamente tu amor, ayúdanos a abandonar todo lo que se opone a él. Hoy, detrás de ti, comienza un camino que puede llevarnos lejos, un camino que atraviesa las calles del hombre y conduce a la diestra de Dios.

ORATIO

Jesús, Hijo eterno del Padre, que has recorrido los senderos del tiempo, tú irradias la gloria de Dios en el gris fluir de los días. Concédenos, oh Señor, una mirada capaz de entrever tu continua presencia entre nosotros. Tú eres la Palabra, la Buena Noticia que el Padre nos envía: concédenos escuchar con fe el Evangelio que puede cambiar nuestra vida.

Primogénito elevado por encima de los ángeles, tú has venido a los hombres para buscar a tus hermanos: haz que acojamos la invitación a seguirte a la casa de tu Padre. Ayúdanos a aprovechar la ocasión de gracia que hoy –siempre *hoy*– nos ofreces, lavando nuestros pecados con tu sacrificio. «*Se ha cumplido el plazo*»: queremos ir detrás de ti, Señor.

CONTEMPLATIO

He aquí la magnífica prerrogativa del sacerdocio de Cristo y de sus ministros: ofrecer a la Trinidad, en nombre de la humanidad y del universo, un cántico de alabanza agradable a Dios; asegurar, esencialmente, el retorno integral de la criatura al Señor de todas las cosas.

El Padre engendra al Hijo y, desde toda la eternidad, le comunica el don supremo: la vida y las perfecciones de la divinidad, haciéndole partícipe de todo lo que es él

mismo. El Verbo, imagen perfecta y sustancial, es «*resplandor de la gloria del Padre*». Como nacido de la fuente de toda luz, él mismo es luz, y refluye como un cántico sin fin hacia aquél de quien emana: «*Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío*» (Jn 17,10).

El sacerdocio es un don del Padre a la humanidad de Cristo, puesto que, en cuanto el Verbo se hizo carne, el Padre celestial contempló a su Hijo con una complacencia infinita; le reconoció como único mediador entre el cielo y la tierra, como pontífice para siempre. Jesús, como hombre-Dios, tendrá la prerrogativa de concentrar en sí mismo a toda la humanidad para purificarla, santificarla y reconducirla al abrazo de la divinidad, rindiéndole así, por medio del Señor, una gloria perfecta en el tiempo y en la eternidad.

El Hijo recibió desde el primer instante de la encarnación esta misión de mediador y de pontífice. El *consummatum est* pronunciado por Cristo al morir era, al mismo tiempo, el último suspiro de amor de la víctima que ha expiado todo y el solemne testimonio del pontífice que consuma la acción suprema de su sacerdocio (C. Marmion, *Cristo ideale del sacerdote*, Milán 1959, pp. 3-8, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Me has llamado, Señor, aquí estoy*» (cf. 1 Sm 3,4ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En la raíz de nuestra vocación cristiana se encuentra el hecho de que Cristo nos dio su vida en la cruz. La vida que él nos ha dado es una vida que ha pasado a través de la muerte y la ha

vencido; es la vida resucitada; es la vida eterna. Esta vida es la misma que mana de Cristo para salvarnos, del mismo modo que brota de una manera incesante para continuar creándonos. Esta vida es imparabile. Inundados por ella, debemos salvarnos por medio de ella, en ella, con ella. Ahora bien, cuando el Reino de los Cielos quiere traspasar el mundo, cuando el amor de Dios quiere buscar a alguien que está perdido, cuando este alguien es una multitud, importa mucho más *quién* se es que lo que se es; importa mucho más *cómo* se hace que lo que se hace.

Se puede ser vendedor de pescado, farmacéutico o empleado de banca; se puede ser hermanito de Foucauld o hermanita de la Asunción; se puede ser *scout* o miembro de la Acción Católica... A cada uno le corresponde su puesto. Sin embargo, hay un puesto que no se puede dejar de ocupar, un puesto que está destinado a cada uno de nosotros, sin excepción: amar al Señor antes que nada como a un Dios que rige el mundo; amar al Señor por encima de todo como a un Dios que ama a los hombres; amar a cada ser humano hasta el fondo; amar a todos los hombres, amarlos porque el Señor los ama y como él los ama.

El cristiano está destinado a sufrir sabiendo por qué sufre. El sufrimiento no es injusto para él: es su fatiga. El sufrimiento de Cristo y la redención de Cristo son inseparables para el cristiano. Éste sabe que la redención de Cristo no ha eliminado el pecado, y por consiguiente el mal, del mundo, sabe que la redención de Cristo no ha vuelto a los hombres inocentes, sino que los ha convertido en perdonados en potencia (M. Delbrêl, *Indivisible amore*, Casale Monf. 1994, pp. 22-24, *passim*).

Martes

1ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: Hebreos 2,5-12

⁵ Porque no fue a los ángeles a quienes sometió el mundo futuro del que hablamos. ⁶ Así lo ha testimoniado alguien en algún lugar de la Escritura:

*¿Qué es el hombre
para que te acuerdes de él,
el ser humano
para que te preocupes por él?*

⁷ *Lo hiciste un poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y honor;*

⁸ *todo lo sometiste bajo sus pies.*

Al someterle todas las cosas, no dejó nada sin someter. Es cierto que ahora no vemos que le estén sometidas todas las cosas, ⁹ pero a aquel que fue hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos coronado de gloria y honor por haber padecido y muerto. Así, por disposición divina, gustó él la muerte en beneficio de todos.

¹⁰ Pues era conveniente que Dios, que es origen y meta de todas las cosas, y que quiere conducir a la gloria a muchos hijos, elevara por los sufrimientos al más alto grado de perfección al cabeza de fila que los iba a llevar a la salvación. ¹¹ Porque, santificador y santificados, todos proceden de uno mismo. Por eso Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos ¹² cuando dice:

*Anunciaré tu nombre a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.*

➔ El primer tema desarrollado en la carta a los Hebreos es el de la superioridad de Cristo sobre los ángeles, una superioridad afirmada a partir de la filiación divina de Jesús (1,5-14) y puesta de manifiesto, en esta perícopa, considerando asimismo su condición humana. Sin embargo, esta demostración doctrinal se dilata a través de la contemplación y del anuncio del designio redentor de Dios (vv. 9-11). Esto pasa a través de la humillación del Hijo, que, por amor, se hace partícipe de la naturaleza humana –inferior a la angélica, aunque objeto también de la bendición divina (cf. vv. 5-8)– hasta las consecuencias extremas del sufrimiento y de la muerte, experimentadas en beneficio de todos.

Aquí se revela la maravillosa «justicia» de Dios (v. 10): el que es creador y fin de todas las cosas ha considerado tan importante al hombre que ha querido atraerlo a la comunión filial consigo. Con tal objeto, se ha hecho solidario hasta el fondo con nosotros en su Unigénito, enviado para llevarnos a la «salvación», a la «gloria», al «mundo futuro» (vv. 5.10). Dios, en su infinita gratuidad, lleva a cabo nuestra santificación a través del humilde amor de Jesús, que se entrega a sí mismo para poder llamarnos «hermanos» y anunciarnos el nombre –la realidad– del Padre (vv. 11ss).

Evangelio: Marcos 1,21-28

En aquel tiempo, ²¹ llegaron a Cafarnaún y, cuando llegó el sábado, entró en la sinagoga y se puso a enseñar a la gente, ²² que estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la Ley.

²³ Había en la sinagoga un hombre con espíritu inmundo, que se puso a gritar:

²⁴ –¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!

²⁵ Jesús le increpó diciendo:

–¡Cállate y sal de ese hombre!

²⁶ El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un fuerte alarido, salió de él.

²⁷ Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros:

–¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus inmundos y éstos le obedecen!

²⁸ Pronto se extendió su fama por todas partes, en toda la región de Galilea.

➡ Al presentarnos una jornada típica del ministerio de Jesús, Marcos nos hace acercarnos al misterio de su persona a través del impacto que ésta produce en la gente. Jesús enseña los sábados en la sinagoga, como los rabinos, pero la sorprendente autoridad de sus palabras es muy diferente. Jesús no se limita a repetir y a comentar la tradición: la suya es «una doctrina nueva llena de autoridad», que socava las costumbres tranquilizadoras y suscita en los corazones una pregunta inquietante: «¿Qué es esto?...» (v. 27). Sin embargo, hay «alguien» que da muestras de conocer bien al nuevo Maestro y grita fuerte la identidad de Jesús para comprometer el desenlace de su misión forzando sus tiempos y sus modalidades. El «*espíritu inmundo*» había podido ocupar un hombre sin ser molestado y permanecer sin ser advertido en un lugar de culto hasta que entró en él «*el Santo de Dios*». Su venida desenmascara al «*padre de la mentira*» (Jn 8,44), que reconoce en Jesús a su enemigo, su ruina (Mc 1,24).

Con dos breves, órdenes Jesús libera al hombre poseído por el demonio: es su primer milagro y tiene un valor programático. De este modo indica Marcos que Jesús ha venido a traer el Reino de Dios venciendo el dominio de Satanás y caracteriza toda la misión de

Cristo como un encuentro frontal –hasta la muerte y, aún más, hasta la resurrección– contra el mal. Los exorcistas judíos empleaban largas fórmulas, encantamientos, ritos; a Jesús le basta con una palabra para hacer callar el estrépito del demonio y devolverle al hombre su dignidad. Crece el estupor de los presentes y la maravilla inquieta a los corazones acostumbrados también a las cosas de Dios: ¿quién es, pues, Jesús?

MEDITATIO

La Palabra nos abre hoy el corazón a la maravilla. Y la maravilla puede llegar a ser en nosotros –tal vez un poco habituados a las realidades de la gracia– un terreno virgen para un encuentro nuevo con Jesús. La autoridad de su persona nos ha sorprendido, y «autoridad» significa capacidad de hacer «crecer» (en latín, *augere*) a los otros. ¿Por qué tiene Cristo «autoridad»? La respuesta que se nos da en la carta a los Hebreos no es algo que pueda darse por descontado: «*Lo vemos coronado de gloria y honor por haber padecido y muerto*». En consecuencia, Jesús no tiene autoridad porque está por encima de los ángeles, sino porque, al aceptar el designio del Padre, se ha humillado hasta el extremo. Jesús es amor que entrega su vida para liberarnos y unirnos a él. Ha asumido toda la fragilidad de nuestra naturaleza porque sólo tomando sobre sí el peso aplastante de nuestro mal podía salvarnos Dios. La suya es una compasión sin reservas: es una *lucha a muerte* que derrota al artífice del pecado, causa del sufrimiento y de la muerte, y su victoria aparece como la pérdida más total. Sin embargo, de este modo nos santifica y nos vuelve a llevar a su mismo origen, al Padre, en cuyo amor «*no se avergüenza de llamarlos hermanos*».

Esta humillación nos confunde y nos plantea interrogantes, y ya no nos es posible permanecer indiferentes:

Jesús viene a esclarecer nuestras tinieblas, a introducirnos en la verdad. Podemos rebelarnos e intentar sofocar su voz con el alboroto que llevamos dentro o, bien, guardar silencio y acoger la Palabra que tiene autoridad para liberarnos de nuestras maldades y perezas, porque ha bajado a rescatarnos pagando las consecuencias que ello entraña. Dios se ha hecho compañero del sufrimiento y de la muerte del hombre para llevarlo, libre, a la gloria, al abrazo del Amor.

ORATIO

Jesús, hermano y Señor nuestro, nos quedamos atónitos ante tu misterio de humillación en favor de nosotros... Adorando el designio del Padre, le damos gracias a él a través de ti. *Danos, Señor, un corazón agradecido*, para comprender todo el bien que constantemente recibimos de ti e intuir en el sufrimiento el camino de la gracia que tú nos has abierto y recorres con nosotros. *Danos un corazón vigilante*, para rechazar el entorpecimiento de la indiferencia y las insidias del mal, y acoger tu novedad en nuestra vida. *Danos un corazón compasivo*, capaz de hacerse cargo contigo de las penas de los otros. Entonces, una vez que hayamos alcanzado la humildad y la bondad, participaremos también de tu autoridad para hacer crecer en el bien a todos los hermanos y señalar a sus pasos la meta de la gloria, la casa del Padre.

CONTEMPLATIO

Dios no tenía ninguna necesidad de salvar al hombre de este modo, sino que era la naturaleza humana la que necesitaba que Dios fuera satisfecho de este modo. Dios no tenía ninguna necesidad de soportar tantos dolores,

sino que era el hombre el que necesitaba ser reconciliado de este modo con Dios. Dios no tenía ninguna necesidad de ser humillado hasta ese punto, sino que era el hombre el que necesitaba ser sacado de este modo de las profundidades del infierno. La naturaleza divina no tenía necesidad ni podía ser humillada o sufrir: sí era necesario que la naturaleza humana se humillara y sufriera, para ser llevada al fin para el que había sido creada. Pero ella, como cualquier otra cosa que no fuera el mismo Dios, no podía bastarse para este fin. El hombre no es reconducido a aquello para lo que fue creado si no es elevado a un nivel semejante al de los ángeles, en el que no hay pecado alguno. Ahora bien, esto es imposible que tenga lugar a no ser después de la plena remisión de todos los pecados, que se lleva a cabo sólo mediante su plena satisfacción.

Sin embargo, puesto que la naturaleza humana no podía hacer esto por sí sola y, en consecuencia, no podía reconciliarse con Dios mediante la satisfacción debida, a fin de que la justicia de Dios no tuviera que permitir el desorden del pecado en su Reino, intervino la bondad divina y el hijo de Dios asumió en su persona la naturaleza humana, para ser hombre-Dios en esta persona.

La naturaleza divina no ha sido humillada por todo esto; en cambio, la naturaleza humana se ha visto exaltada. Aquélla no quedó disminuida, ésta ha sido ayudada misericordiosamente. Y la naturaleza humana no sufrió nada en este hombre por constricción, sino sólo por su libre voluntad. Él no se sometió a la violencia de nadie; sólo por su bondad espontánea, para honor de Dios y para la utilidad de los otros hombres, sostuvo con su alabanza y por su misericordia lo que le fue impuesto con mala voluntad; pero lo hizo sin que nadie se lo impusiera por obediencia, sino con una sabiduría que lo dispone todo de manera poderosa (Anselmo de Canterbury, *Il Cristo*, Milán 1989, III, pp.

573-575, *passim*; existe edición de sus obras completas en castellano en la BAC).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Tú eres mi fortaleza, Dios fiel*» (Sal 59,18).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Creer en la gracia de Dios significa no demorarse en hurgar en nuestra miseria, en nuestra culpa, sino salir de nosotros mismos y dirigir la mirada a la cruz, allí donde Dios tomó sobre sí y cargó con la miseria y la culpa, derramando así su amor sobre todos los que tienen que cargar con pesos difíciles de llevar. Miseria y culpa del hombre, gracia y amor misericordioso de Dios, son realidades que se reclaman mutuamente.

Allí donde están presentes en gran cantidad la miseria y la culpa, precisamente allí, sobreabundan más que nunca la gracia y el amor de Dios. Allí donde el hombre se muestra pequeño y débil, allí ha manifestado Dios su propia gloria. Allí donde el corazón del hombre está destrozado, allí penetra Dios. Allí donde el hombre quiere ser grande, no quiere estar Dios; allí donde el hombre parece abismarse en las tinieblas, allí mismo instaura Dios el Reino de su gloria y de su amor. Cuanto más débil es el hombre, tanto más fuerte es Dios: esto es cierto; tan cierto como que en la cruz de Cristo se encuentran el amor de Dios y la infelicidad humana.

Allí donde toda la desesperación de la humanidad, todo su atormentador deseo, toda su obligación de renunciar, se muestran con toda su crudeza, en la miseria y en el pecado de nuestras ciudades, en las casas de los publicanos y de los pecadores, en los asilos de la desesperación y de la miseria humana, en las tumbas de nuestros seres queridos, en el corazón de aquel a quien se ha arrebatado toda la alegría de vivir, en el pecho de quien ya no consigue levantarse de su propia culpa... allí es

donde triunfa la Palabra de la gracia divina. Aquí no es posible descifrarla ni discernirla, allí se muestra espléndida; aquí es inverosímil, allí se muestra hecha realidad; aquí aparece como un relampaguear en el horizonte del tiempo, allí luce con el resplandor de la eternidad (D. Bonhoeffer, *Memoria e fedeltà*, Magnano 1995, pp. 191ss, *passim*).